

Último adiós / Hoy será incinerado

El compromiso de Juan Gelman alza el vuelo

El mundo de las letras despide al gran poeta argentino exiliado en México

MARÍA ZARZA / México D.F.
Especial para EL MUNDO

«Frente a la muerte de Juan, las palabras guardaron un minuto de silencio», dijo la escritora Cristina Pacheco a las puertas de la funeraria de la Ciudad de México, desde donde sus allegados despedían al poeta argentino Juan Gelman, fallecido el martes.

Poco más se podía agregar a eso.

El velatorio, cercano a la casa donde vivió el último cuarto de siglo, transcurrió en la más estricta intimidad y sólo la gran cantidad de prensa congregada en el lugar hizo que la hijastra de Gelman, Paola Lamadrid, se acercara unos momentos a atender a los periodistas.

Fue ella la que confirmó que el escritor trabajó hasta los últimos días. «Un poeta no escribe para vivir, sino que vive para escribir», decía él siempre. Y a sus 83 años dejó la vida y la escritura casi a la vez porque, como confirmó Lamadrid, preparaba un nuevo libro de poemas que pronto verá luz, ilustrado por el pintor Arturo Rivera.

Junto al cuerpo del poeta permaneció en todo momento su viuda, Mara Lamadrid, el *leit motiv* de su obra póstuma. «Sus últimos meses, ya con la certeza del final, se dedicó a trabajar de una manera demente en su último libro, *Amar a Mara*, un homenaje al amor que tenía por su mujer y también una despedida de sus amigos», dijo el director del suplemento cultural *Laberinto*, José Luis Martínez.

Macarena Gelman, la nieta del poeta y símbolo de muchas de sus luchas, viajó de Uruguay a México al conocer la noticia y se la esperaba en el Distrito Federal en la tarde del miércoles. Ambos estaban muy unidos. Macarena, hija de Marcelo Gelman y María Claudia García, dos víctimas de la dictadura militar argentina, fue dada en adopción a un policía uruguayo y cuando su abuelo la localizó en el año 2000, tras más de 20 años de búsqueda, ambos se unieron con un mismo objetivo, la justicia y la memoria. En 2011 lograron que la

Corte Interamericana de Derechos Humanos condenara por primera a Uruguay por el robo de niños, todo un éxito que celebraron juntos.

El Consejo Nacional para la Cultura y el Arte de México (CONACULTA) así como el Instituto Nacional de Bellas Artes, que le condecoró en 2012, expresaron su pésame por la pérdida y recordaron sus aportaciones a la literatura con una poesía en la que eran constantes «la cotidianidad, el tono político, la denuncia, la indignación ante la injusticia, los niños y el exilio». Se fue un «poeta de alma mexicana, un poeta mayor», lamentaba el presidente de Conaculta, Rafael Tovar.

En la embajada de Argentina en México se colocó ayer un libro de condolencias donde se podrán dejar mensajes hasta el viernes pero, debido a la petición expresa de la familia, que rogó para que todo se manejara con la máxima privacidad, no está previsto ningún otro acto público o de homenaje.

En la prensa mexicana rodaron sus versos o los recuerdos de sus amigos. «Su existencia estremecida por todas las tempestades tuvo la recompensa de hallar algo que ya casi no existe: un final feliz», escribía José Emilio Pacheco, premio Cervantes, como él. «Murió sereno, sin dolor, en su lecho, en casa, rodeado por los seres que amó. Fue el hombre más humilde, más generoso y más cordial que recuerdo. No volverá, pero tampoco se irá nunca».

«Era un gran poeta, de un tono originalísimo, un gran periodista y un hombre muy valiente», dijo el poeta mexicano Eduardo Lizalde.

Hoy a mediodía sus restos serán incinerados. La familia todavía no ha confirmado dónde reposarán sus cenizas, si en su Argentina natal o en el México que le dejó, hace un cuarto de siglo «absolutamente fascinado, fue como un estallido dulce dentro de mí». «Me voy a quedar aquí. Que después me lleven a tocar el violín en otro barrio. Yo me quedo», había dicho el poeta.

EPITAFIO

Un pájaro vivía en mí.
Una flor
viajaba en mi sangre.
Mi corazón era un violín.

Quise o no quise.
Pero a veces
me quisieron.
También a mí
me alegraban:
la primavera,
las manos juntas,
lo feliz.

¡Digo que el hombre
debe serlo!

Aquí yace un pájaro.
Una flor.
Un violín.



ULISES

La doble condena a muerte de un ex montonero

JUAN I. IRIGARAY / Buenos Aires
Especial para EL MUNDO

Igual que le ocurrió al poeta salvadoreño Roque Dalton, ejecutado en 1975 por sus compañeros de la guerrilla a la que pertenecía, el Ejército Revolucionario del Pueblo, a Juan Gelman también le cayó una condena a muerte de la

guerrilla en que militaba, Montoneros.

Él mismo lo reveló en un artículo de prensa que en 2001 publicó en el diario porteño *Página 12*, y ayer pasó sospechosamente olvidado por la *intelligentsia*. Allí confesaba esa historia negra y desvelaba hasta su grado militar en la

organización armada: «Fui teniente del llamado Ejército Montonero».

De joven había militado en el Partido Comunista argentino pero, disconforme con el estalinismo y las invasiones de Checoslovaquia y Hungría, se alejó para sumarse a la gente de la generación del 60 que optó por la vía armada, detrás del ejemplo de Ernesto Che Guevara.

Con el sueño de que la guerrilla y los trabajadores de ideas peronistas terminaría confluyendo, se sumó a Montoneros, una guerrilla urbana impulsada en sus orígenes por el derrocado presidente argentino y populista Juan Perón que vivía exiliado en el barrio madrileño de Guardia de Hierro. Pero en 1973 Perón volvió del exilio a Argentina y se peleó con Montoneros, que le disputaba el poder de la conducción del movimiento y quería transformarlo en una opción de izquierdas. La experiencia montonera terminó aniquilada, primero por la derecha del peronismo –la Triple A– y, luego, la dictadura militar.

Gelman tuvo la valentía de desafiar en 1978 al régimen del entorchado general Jorge Rafael Videla e ingresó en forma clandestina a Argentina. En una *villa miseria* (chabola) dio una conferencia de prensa para los periodistas extranjeros que cubrían el Mundial de Fútbol denunciando las atrocidades de la dictadura. Sin embargo, ya sentía la derrota y poco después se marchó de Montoneros en la llamada «Rebelión de los tenientes», que cuestionaba «la política suicida y suicidante» de la cúpula guerrillera, encabezada entonces por Mario Firmenich, actualmente profesor de economía en la Universidad de Barcelona.

Los cuadros intermedios como Gelman criticaban «el delirio militarista» de Firmenich y sus camaradas, que se escondían a buen resguardo en el exilio pero a la vez mandaban a los montoneros jovencitos y sin experiencia a perpetrar atentados y asesinatos a Argentina, un auténtico viaje al matadero. «La conducción de Firmenich condenó a muerte a quienes tuvimos la lucidez de no acompañar aquella locura», denunció en su artículo Gelman, que acaso en ese momento desconocía que la banda terrorista ETA castigaba de igual forma a quienes se atrevían a disentir.

El mismo poeta se tomaba con humor su condición de doble víctima. «La dictadura militar ya me había condenado a muerte y me sentía como cuando de chico juntaba en los bares tapitas de botellas para hacerlas chapitas. Sólo que ahora –bromeó– juntaba sentencias de muerte».

La militancia del desengaño

ANTONIO LUCAS

A Juan Gelman la vida le dispuso heridas. Una, y otra, y otra más. Pero no consiguió desfondarlo, sino tan sólo le invitó desde muy temprano a abandonar la higuera platónica. Gelman fue un poeta en acción. Un periodista de pulso inquebrantable. Un tipo de compromiso cívico. Un ciudadano alimentado de insomnios, soledades, exilios y desvelos que tuvieron sus reparaciones en el verso, en la memoria («porque lo contrario de la memoria no es el olvido, sino la verdad», decía), en la razón de las palabras.

La suya fue una ética de la tristeza que, sin embargo, no aceptaba como lugar de encuentro la derrota. Intuyó pronto que la fuerza de la utopía es su propio fracaso y gastaba ese raro silencio acrisolado de los hombres que asumen existir con la confianza lastimada. Y es quizá en la poesía donde este hombre llevaba mejor cuadrada la economía de sus daños.

Así fue armando su ancha voz lírica. Así se aupó a las alturas de la poesía en español de la segunda mitad del siglo XX. Hay libros suyos incuestionables: *Cólera buey* (1964), *Los poemas de Sidney West* (1969), *Interrupciones* (1986), *País que fue será* (2004), *El emperrado corazón amora* (2011)... Pero la seña de identidad de la escritura de Gelman es, arrebatadamente, la sustancia de lo radical. La consecuencia del lenguaje cuando el lenguaje se adentra hacia lo extraño a todo pulmón.

Leer a Gelman es fundar una nueva astronomía donde el instinto de Revolución no adultera la verdad del idioma. Lo inflama. Lo arde. Lo

«Lo contrario de la memoria no es el olvido, sino la verdad», decía

Entre la militancia y el desencanto, trasvasó todo su dolor a la literatura

quebranta. Pero jamás lo ahoga. Y es en la selva redentora de las palabras donde el poeta encontró esa rara salvación de decir la existencia de otro modo, su crueldad esplendorosa y recalcitrante.

«Buscando incesantemente la libertad/ había un país entre la vida y la muerte...», sostiene en el poema titulado *La economía es una ciencia*. Estos dos versos pudieran ser un lema vital en el deambular de Juan Gelman. La libertad es el pistón principal de sus pasos. La libertad de no esperar lo que no ocurrió ni ocurrirá. Algo que no le

imposibilitó jamás para ser, sobre todo, un esperanzado sin remedio.

La suya no es estrictamente una poesía de voluntad social. Ni de combate, sino algo más allá. Era consciente de que con un puñado de versos no se tumba a un dictador. Los mejores poemas de Gelman son aquellos que se anclan en la insistencia en llamas del amor, en su glaciario de sombras cuando llega. En un interrogar la realidad.

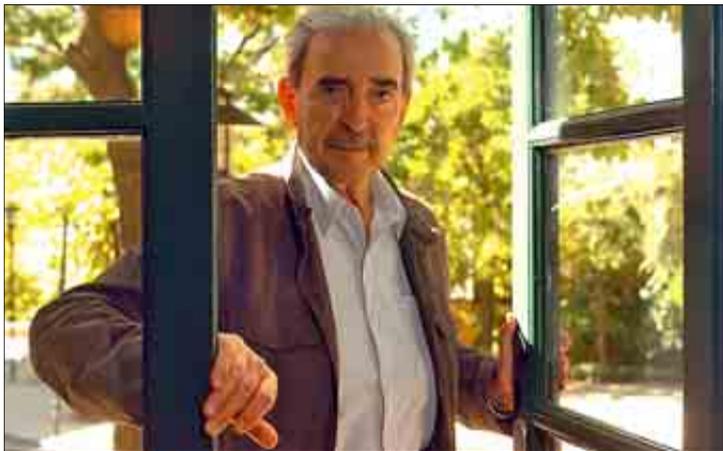
En un afán de romper los límites del decir sin miedo al hermetismo que a veces lo encriptó.

De libro a libro, como en una expedición sin mapa, sin lumbre, sin camino, giraba la escritura hasta casi hacerse otro sin dejar de ser el *pibe Juan*, el de los versos en combustión, el de los hallazgos imposibles, el de la música al ralenti y el sustrato del recuerdo aureolando sus silencios.

Pertenecía a la estirpe de René Char, aquél que creía en el poema como la expresión de un amor realizado que se queda en deseo. «Porque el único tema de la poesía», sostenía, «es la poesía misma». Aunque no como ensimismamiento, sino como alcance de una realidad más hecha, más compleja, más vibrante, más estable, más feroz, más en firme y duradera: «Hay que aprender a resistir./ Ni a

irse ni a quedarse,/ a resistir,/ aunque es seguro/ que habrá más penas y olvido».

Entre los místicos y César Vallejo. Entre Eliot y Roque Dalton. Entre la revolución y Paco Urondo. Entre la militancia y el desengaño, Juan Gelman trasvasó lentamente todo su dolor a la literatura, del lado de lo inexplicable. Y levantó una poesía que es una forma de estar en las cosas: con y contra ellas. Una poesía de tonelaje donde al final está lo de siempre: una mujer y un hombre, cada cual más bello en el otro, ocupando su lugar aquí en la tierra. Aunque siempre nos estemos yendo.



El poeta argentino Juan Gelman, en Madrid, en 2011. / EFE

Grave humanismo

ANTONIO COLINAS

La tendencia de una parte de la poesía última hacia lo plano, lo «fotográfico», lo «intelectual», había dejado atrás el eco de ciertos poetas grandes del humanismo y del desgarramiento. Estoy pensando, por aludir a unos pocos, en Sachs, Trakl, Celan, Vallejo o en los martirizados por el totalitarismo ruso, pero una poesía como la de Juan Gelman nos devolvía en nuestros días ese mismo humanismo desgarrado y grave. Primero, porque vi-

niendo él del desarraigo que llevaba consigo el ser hijo de emigrantes, le asaltaron de nuevo los terrores propios del siglo XX, como los enfrentamientos sociales, la muerte de los seres queridos, el exilio.

Pero él no hizo, en el fondo, otra cosa que mantenerse fiel a su voz, que buscó en determinadas lecturas, algunas de los clásicos, a su arraigo, al equilibrio en el filo de los límites del vivir. Ya desde su pri-

mer libro, *Violín y otras cuestiones* (1956) hay señales de ese humanismo empapado a veces de una clara espiritualidad, que se revela incluso desde los títulos de los poemas (*Oración, Epitafio, Velorio*). Mas fue, sobre todo, en un libro central, *Comentarios* (1978-1979) –después de los padecimientos familiares y sociales, en unos días itinerantes por los países de Europa– cuando Gelman se enfrenta a determinadas lecturas (San Pablo, Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Hadewijch), y da con su segunda voz, con los signos, los símbolos, los faros que va a iluminar ese *mezzo del cammin* de la vida deshecha y fugitiva, su «noche oscura».

En todo momento, a lo largo de sus libros, Gelman se sabrá encauzado en el decir claro, fuerte y recio de sus versos, aunque más allá de estas tonalidades concretas hablarán en su poesía otras que son las que sanan y salvan, las que atenúan el terror de la historia y de las ideologías: la ternura, la emoción, la piedad.

Fui un temprano seguidor de la poesía de Gelman y me reafirmé en ella con los libros que editó Visor (aquí sobre todo *Anunciaciones*, 1988), pero sólo encontré físicamente a este poeta en dos ocasiones: en Salamanca (cuando intercambiamos nuestros libros en un hotel que significativamente se llama Abba) y en Guadalajara (México) cuando coordiné en la Feria del Libro una mesa redonda de algunos de los Premios Cervantes.

En esta ocasión, Gelman mostró interés en que a nuestra lengua española la reconocieramos como castellana. Pero no hace muchas semanas que él deseaba para nuestra lengua otro calificativo, acorde quizá con

No hizo, en el fondo, otra cosa que mantenerse fiel a su voz

Desde su primer libro hay un humanismo de clara espiritualidad

sus raíces argentinas: el lunfardo.

Pesaba mucho en él, desde México, su infancia, su pasado en Argentina, frente a ese término («español») que quizá le remitía a lo ideológico. Pero nosotros volvíamos siempre a sus versos y éstos, a su vez, nos remitían al territorio del grave humanismo: a la ternura, a la emoción, a la piedad, a lo que sana y salva del terror; de la persecución, de las ideologías: «Dolor de vos que no es como otros dueles/ mostrado a padecer grandes dolores/ sentado a tu sombra me padezco (...) pena de vos como alma deleitosa».

OBITUARIOS

IN MEMORIAM
> JUAN GELMAN

Hondura y compromiso

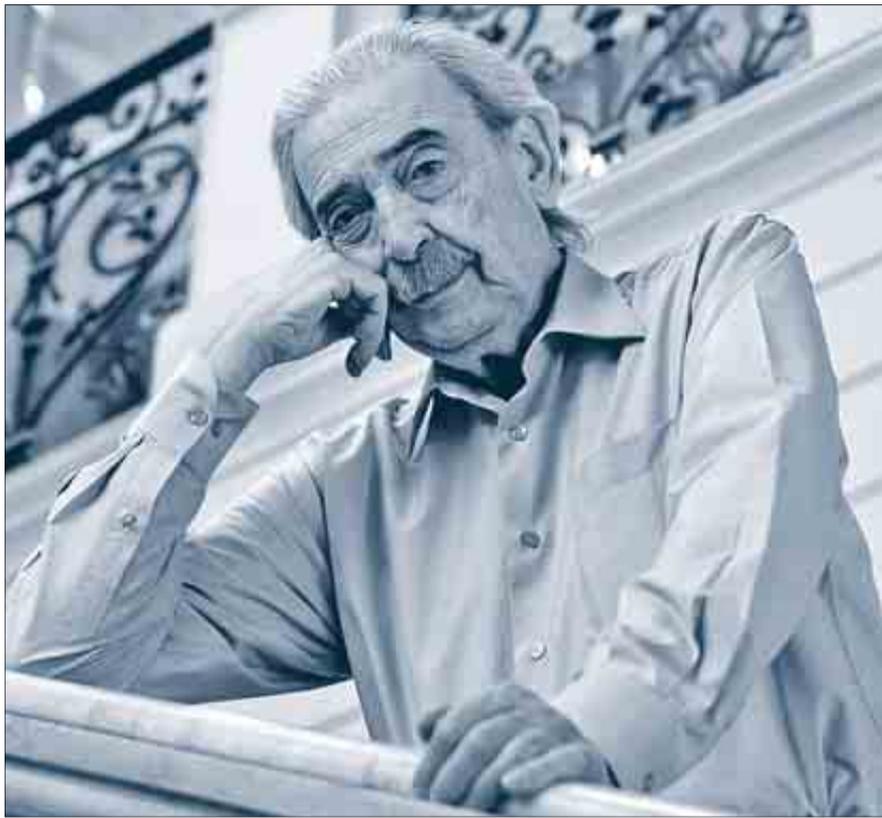
«Estamos ante uno de esos hombres que se desengañó de la Revolución»

LUIS ANTONIO DE VILLENA

Como muchos en España, conocí a un Juan Gelman ya mayor, algo avejentado, delgado, muy canoso y pertinaz fumador. Pudo ser en 2004 o en 2005, cuando ganó el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, el primero de nuestros grandes galardones que recibí. Gelman me pareció, tras nuestra coincidencia en un programa de radio, un hombre cordial, pero de no muchas palabras, lo que hacía más difícil la labor del entrevistador, al que ayudé. Aunque siempre hombre de izquierdas y de compromiso, el caballero de ojos tristes de los últimos años, debía quedar muy lejos del que me describió mi amiga, la poeta uruguaya Ida Vitale (también exilada cuando la dictadura militar en su país) en una foto de los primeros años 70, vestido de «montonero». Ida (mucho más moderada) sostenía que ser montonero en el Río de la

Plata, en esos años, era terrible, muy extremista, creo que dijo las palabras «ser un canalla». El Gelman que yo traté en varias ocasiones, tranquilo, dulce, sereno, de espíritu fuerte, parecía ya muy lejos de todo aquello...

Es cierto, que desde muy joven (desde 1945) Gelman pertenecía en su Argentina natal a la Federación Juvenil Comunista. De ahí pasó ya al Partido y a partir de 1959, bajo el aliento de la Revolución Cubana –el Ché era argentino– y un llamado peronismo de izquierda, Juan entró a los *Montoneros*, que predicaban la lucha armada y que no contaban con todas las bendiciones de los comunistas. Por ello Gelman terminaría con el Partido poco después de 1963 –cuando sufrió prisión por su militancia– y lo curioso es que, tras el golpe de estado brutal de 1976 y el exilio de Argentina –donde había orden de busca y captura contra él– también terminaría con los Montoneros. Creo que estamos ante uno de tantos hombres que creyó en la Revolución y se desengañó, pero sin pasar a la derecha. Entre otras cosas porque como fue internacionalmente sabido, un hijo de



EFE

Gelman, Marcelo Ariel, y la esposa embarazada de este, María Claudia, fueron detenidos y torturados en Buenos Aires en agosto de 1976 y finalmente engrosaron la triste lista de *desaparecidos*. Por eso (y por la orden de busca y captura) Gelman sólo regresó, y fugazmente, a Argentina en 1988. Aquel –pensaba– había dejado políticamente de ser su país, aunque él tuviera mucho de argentino en el habla, en su forma-

ción poética (discípulo temprano del gran Raúl González Tuñón) y hasta el hecho de ser hijo de emigrantes judíos llegados desde Ucrania. A la postre –y no es difícil imaginarse el dolor de este hombre– supo que tenía una nieta y que estaba en Uruguay. A esta nieta (Andrea, «Andreíta» le dice en algunos poemas) sólo pudo reencontrarla y tenerla consigo en 2000. Hacía ya tiempo que el exilio –que le llevó a Madrid y

momentos políticos, comprometidos, y también a la fase última, mucho más metafísica y ahondadora. La obra es grande y en todos sus libros hay buenos poemas, pero algunos lectores preferirán al poeta más íntimo y sentimental de *Gotán* (1962) –una manera en lunfardo de decir *tango*–, otras buscarán al comprometido que fingía traducir del inglés *Los poemas de Sidney West* (1969) y otros, no sé si más, preferirán al poeta hondo, de trabajo en el lenguaje de su acaso mejor último libro, *Mundar* de 2007, el mismo año que recibió el Premio Cervantes, y que ante reyes en el Paraninfo complutense parecía cerca del dolor –siempre– pero lejos de la violencia. Le pregunté que quería decir «mundar». Me contestó: «Qué sé yo, salió así... Tal vez andar mucho por el mundo». Su último libro publicado, hace un año, fue *Hoy*. *Mundar* era excelente... Gelman: recuerdos de daño, poesía de gracia, de bendición, de lenitivo.

Más información en páginas 39, 40 y 41.